

padecieron en verdad; pero no más ciertamente que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos del descabellado sistema político y administrativo de los reyes austríacos. Pero al mismo tiempo debían reconocer tales defectores, que la dominación española no dejó de producir grandes bienes á aquellos países italianos. A ella debieron en gran parte los adelantos de su civilización, de su industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vireyes españoles. La industria y el cultivo de la seda llegaron bajo su protección á la perfección suma, y á ser fuente de considerable riqueza. La desecación de pantanos y de lagunas, que hacían mortíferos ambos países, y la conducción de aguas á las ciudades y poblaciones, á los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escasó el gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se les concedían con mano franca; y ejercían el poder en la misma metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administración fué siempre deplorada; pero ¿era más acertada y equitativa en España?... Más diremos, ¿lo era en alguna parte de Europa? Y en contrapunto de esta desgracia, comun en aquella época, citáremos los grandes beneficios que hicieron á la administración de justicia las pragmáticas de los vireyes, arreglando los tribunales, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sábias disposiciones; y que acabaron con los restos del feudalismo, y que convirtieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos, ¿no fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una grande y poderosa monarquía, dominadora de Europa? Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y más insegura, y para contribuir á las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los Papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Y si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido dejar de ser campo constante de batalla de ajenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosísimo amparo de la dominación española. Y prueba de que no era tan grande el odio á los españoles, por más que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosísimos los sicilianos y napolitanos por rey, como vamos á referir, á un príncipe español, con séquito español y con tropas españolas, desdenando á príncipes de otras naciones, que también les ofrecían y aseguraban su nacionalidad y su independencia. Y hasta nuestros días, cuando quisieron aquellos países una constitución, abrazaron sin titubear la española; y gritaban en los momentos de fervor y de patriótico entusiasmo: *la constitución de España, ó la muerte*. Y últimamente el ejército español, que desembarcó en Gaeta, para socorrer al Papa, fué recibido por los napolitanos con los brazos abiertos, y asistido y obsequiado con la más sincera cordialidad.

VIII

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero á Lombardia, y luego á Roma á poner coto á las pretensiones del Papa sobre Parma. Al cardenal le sucedió el conde Carlos Borromeo, y dos años después en el de 1713 la paz de Utrecht terminó la guerra de sucesión, afirmando la corona de España y de las Indias en las sienes de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Carlos, que había subido al trono imperial con el nombre de Carlos VI, y continuó un año más la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana. Y á Víctor Amadeo de Saboya la isla de Sicilia, con título de Rey, con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con harta dolor, aquel estado el último virey español marqués de los Balbases. Mucho debía prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimo el Piamonte había dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó á Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este á los tres años de gobierno se vio sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nación, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infracción de los tratados indignó á todas las potencias, que habían guerreado tantos

años; y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piamonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto á la ambición española, formó la liga llamada cuádruple alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Londres, que fué sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cual pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Carlos VI; á Víctor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña; y al infante Carlos de Borbon, hijo segundo del Rey de España, habido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se declaraba heredero de los estados de Parma y de Plasencia, á la muerte cercana de su poseedor, que no tenía sucesión directa. Verifícose este arreglo, con gran disgusto del piamontés, y con gusto del español, y sobre todo de la Reina, que preveía en el nuevo orden de cosas gran proveer para su hijo, quien no tardó en tomar posesión de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vivió con sospecha el que los españoles volvieran á poner el pié en Italia, y á entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgusto del país.

Armóse á poco nueva guerra sobre la sucesión al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas Europa, rompióse la anterior alianza. Luis XV de Francia envió á conquistar el Milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España, un grueso ejército al mando del duque de Montemar, con el pretexto de cubrir los estados de su hijo don Carlos, pero con órdenes secretas de conquistarle el reino de Nápoles. Era entonces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde de Traun, los que viéndose de improvviso vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro á Viena, pues contaban con escasísimas tropas, y con ellas en el último apuro salieron á probar fortuna. Mas tuvieronla tan contraria, que rotos y deshechos serefugieron en la plaza de Gaeta. El reino todo recibía con los brazos abiertos á sus antiguos huéspedes; mientras que arreglada la sucesión de Polonia, se convenía en Londres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se quería despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia, indemnizando al infante don Carlos de Borbon con la corona de Sicilia; pero esta y la de Nápoles se las tenía ya destinadas la Providencia, y debía adquirirlas con nuevos triunfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, que esperaban con ansia al nuevo rey, al joven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella á caballo el día 10 de mayo de 1734, entre los más fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se extendía como una chispa eléctrica por todo el reino. Pero aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algún refuerzo, y aun se defendían en Gaeta, en Capua, en Pescara y en otros puntos, y se reunían en Puglia. Marchó á su encuentro el bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre batalla de Bitonto, y atacándolos luego, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor á Sicilia, y su alta reputación, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del príncipe que defendía y el odio á los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnición alemana, y el duque de Montemar fué acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el joven rey en ir á visitarlo, y allí tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué coronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices robaban en la mente del virey monarca; cuando una nueva guerra vino á retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Carlos, se opusieron algunas potencias á que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única, la célebre y varonil María Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Rusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya. Y mientras se guerreaba en Alemania, en Hungría, y en Lombardia, el almirante inglés Martin se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navios, y con insustitida insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no prometía solemnemente el rey Carlos guardar en la empeñada lucha estricta neutralidad. Bramó de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de buques, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artillería, por evitar la destrucción de su hermosísima corte, tuvo que ceder despechado, y llamar

las tropas, que iban marchando á reforzar las armas españolas en Lombardia.

Esta humillación no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse á los Abruzzos, creyó el general tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, le acometió impetuoso. Enterado Carlos de esta injustificable agresión, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto descauto; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores, publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba á las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hacia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componían el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el país, y muy provisto de municiones y vitualias. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descauto que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descauto, y obligado á aventurarle todo logró á media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confusión y el exterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no conseguirse nada con este triunfo pasajero los alemanes. Reunido Carlos pensando con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor heroico á su cabeza, revolvió sobre los alemanes, también descautos con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolución de una justa venganza, los deslizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las Dos Sicilias, independiente y respetada.

IX

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las Dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey legítimo de aquel nuevo reino, en todas las potencias de Europa. Por lo tanto será más prolija nuestra narración, porque como de sucesos más próximos á nuestros días, en íntima relación con la época presente, é íntimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés á nuestros lectores, y pueden ser de más útil enseñanza.

Era el rey D. Carlos, á quien ya conocemos como valentísimo soldado y experto capitán, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter, de bondad suma, de purísimos costumbres, celoso de su autoridad, pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos, sin que su religiosidad extremada y nimia, que casi con la superstición se confundía, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia á su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instrucción, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia y de actividad, y lo nombró su primer ministro en el momento que tomó posesión de aquel reino; y ya antes de la expedición de Veletri había empezado á introducir grandes é importantes mejoras en la administración pública y en la gubernación de la monarquía.

Dió al consejo collateral el carácter y organización de Consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casación y último recurso, aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comisión de juriconsultos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente y arreglado á los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia y con las regencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organización á los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. También dió el último golpe á los restos del caduco feudalismo, aboliendo la jurisdicción particular de los barones, y llamándolos á la corte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y á pesar de su piedad suma y de las prácticas piadosas á que acaso se entregaba con exceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones á los bienes eclesiásticos, ajustando con la Santa Sede un ventajosísimo Concordato. Y hasta para dar más vida al comercio, permitió la entrada de los judíos, medi-

ma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe; y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se concertó un doble matrimonio.

También se arregló poco después la alta soberanía del Rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradictoria y negada por los Grandes Maestres del orden de San Juan de Jerusalán. Mostró Carlos su firmeza de carácter, á pesar de su devoción extremada, resistiendo á las instancias del Papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la Inquisición. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con notable imprudencia á preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, extrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinión pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó también al cardenal Landi, por decretos, que esculpieron en tablas de mármol aun se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Carlos y su ministro Tanucci para avanzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, proteger las letras y las artes; empezando á crear así en aquel país la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Días de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Carlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos más de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesión, del rey de España don Fernando VI, lo llamó á ocupar el trono de ambos mundos. Recibió el mismo día la noticia de la muerte de su hermano, y la de haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España; y pensó en marchar inmediatamente á ceñirse la espléndida corona, con que galarionaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la Providencia. Nombró regente de España á su madre, y pensó en la sucesión del reino de las Dos Sicilias.

Tenia el rey Carlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbécil; reconocido lo cual solemnemente, en un consejo público de facultativos, bohemones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fué declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazón hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Carlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo remitirle ambas coronas, pertenecía legítimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Carlos III, ya rey de España, confirmando la corona de Nápoles y de Sicilia el día 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fué reconocido y jurado Rey sin la menor contradicción.

En el mismo día, después de haber registrado las cuentas del tiempo de su reinado; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole su hermano imbécil, que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia; y de repartir con justicia y sin profusión grados, títulos, condecoraciones y mercedes á sus fieles servidores; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja; y hasta dejando una sortija de ningún valor, que encontró en Pompeya, y que tenía la costumbre de no quitarse nunca; exceso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Carlos III.

Lloraron su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con ojos arrasados la escuadra, que les robaba su idolo, su rey, su padre, su bienhechor. -Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios; pero ¡ay! se ausentaba el que las había dictado, el que los había con tanto acierto elegido, el que los había imaginado; faltaba el rey Carlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajados países.

X

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias y de Jerusalán, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe heredatario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, príncipe de San Nicandro,ayo del Rey; José Pappacoda, príncipe de Cántola; Pedro Bologna, príncipe de Campo-reale; Miguel Reggio, bailío de Malta; Domingo Sangro, capitán general; Jacobo Milano, príncipe de Ardore; Lelio Caraffa, capitán de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mención, y que fué, como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único

del Estado; y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneración que con tanto acierto había planteado á la sombra del anterior Monarca.

Entre tanto crecía el nuevo Rey educado por San Nicandro, más en los ejercicios que dan vigor al cuerpo, que en los estudios que nutren el espíritu, en los que ni el ayo ni los co-regentes eran desgraciadamente muy versados. La immoderada pasión por la caza de que era víctima el padre, se enseñoreó también del hijo; y el Rey ya manco, mirándola como su primera ocupación, repelia con tedio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadía las conversaciones sobre materias de Estado y negocios públicos. Sabiendo apenas escribir, cifraba su vanidad en ser el más certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el más diestro en los juegos de fuerza ó de gallardía de todo su reino; ejercicios que lo ponían en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la corte; pues tímido, cortado, taciturno en las regias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suntuoso y locaz, cuando en las fiestas populares se complacía en disfrazarse de pescador, divirtiéndose en vender á los lazarones pescado, con todo el chiste, prociadidad y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende cómo el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó más de la educación del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del agradecimiento que debía á Carlos III, que de intento descuidara las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gubernación verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obedeciendo sus nuevas inspiraciones, pues seguía el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito; aunque éste, decidido enciclopedista, traspasó muchas veces las instrucciones del piadoso Carlos III en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los espolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun más la jurisdicción episcopal, se puso coto á la publicación de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundación de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervención al gobierno en los establecimientos de esta clase, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus beneficios resultados. No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vió el año 1763, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importación y exportación, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el día 12 de enero de 1767. Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; porque aun no había aceptado, por sugerencia reservadísima de Carlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendía un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatía con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesión del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsión de los jesuitas, hecha por exigencia de su padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se había verificado en España. Gran sensación causó en el reino de las Dos Sicilias, afigiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todos sobre el motivo de tan atrevido golpe. Pocos días después apareció un real decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratuitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclusión, y á otros establecimientos piadosos de socorro, todos de pública utilidad; con lo que poco se socorrieron los ámbrosos, conmovidos con la expulsión de aquella preponderante órden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luego abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pío VI hubo serios altercados entre este Papa y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagración de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasión de que quedase abolida la antigua costumbre de la presentación de la famosa *hacanea* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallaje. Hizose siempre esta anual ceremonia el día de San Pedro, 29 de junio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna, embajador de Nápoles, á llevar á la Basílica Vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desorden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poca importancia. Sabido el caso por el Rey de Nápoles, fingió darle mucha,